

El saber de la aldea

Me cuenta Maroto que un día se presentó Pacorro en la Alameda buscando a una jesucrista que andaba sermoneando y tropezó con Coralio, otro Carabina.

Le preguntó por ella y le dijo que no, que en la Alameda no estaba.

—¿Pero cómo que no está si ha venido esta mañana de precisión y la ha traído el Gato?.

—Pues te digo que no, que aquí no está esa, porque los de la Alameda sabemos lo que ha pasado y lo que no ha pasado, así que, vuélvete y ves a su casa.

Pacorro refunfuñó, pero se volvió y Coralio tuvo razón, porque se había vuelto desde el camino.

El habitante de la ciudad no puede comprender que el de la aldea se entere de todo desde su casa por el sonido del aire, por los ruidos de las cosas y por las pisadas de las personas.

El campo tiene su silenciosa y solemne sonoridad y al penetrar en la aldea adquiere nuevos matices. La aldea participa del silencio campestre y en muchos momentos parece un caserío deshabitado, no se oye nada en ella y cualquier conocedor puntualizaría el origen y las cualidades del menor ruido.

En la gran ciudad, la acumulación de ruidos los hace indiferenciables y al no percibirse es como si no existieran, ensordeciendo al viandante.

Antiguamente, en Alcázar, se enteraba uno desde la cama de todo lo que andaba por ahí y de cómo empezaba el día y no sólo porque cantaran los serenos el estado del tiempo, sino porque el metal de los ruidos lo denunciaban, incluso el pisar de la gente, blando si llovía y duro si estaba seco, porque aún yendo por los cantos, el calzado se blandecía con la humedad y después de distinguir al que cruzaba, se pensaba entre mantas:

— ¡Anda, está lloviendo!.

No es solo que Coralio sea tan observador, es que el habitante de la ciudad no puede comprender al aldeano, por tener distintas necesidades y diferentes modos de vivir.

Ahora me pasa a mí en la vejez, una cosa chocante. Mi calle lleva unos años de carretera y yo duermo al pie de ella. Pues ni me entero del paso continuo de camiones y de coches, como si me cantaran, estando yo acostumbrado desde chico a distinguir todo lo que pasaba a cualquier hora, que puedo evocarlos y describirlos como si estuviera sucediendo ahora mismo. La acumulación de ruidos y el estar embebido en otras cosas hacen que no los oiga y estoy pensando que los echaré de menos cuando los quiten, pues esa es la razón de que en la aldea se oiga hasta el volar de las moscas y de que a veces se asusten sin motivos, como las liebres encamadas cuando se mueven las pámpanas.